

# SANAR DE A DOS

por Paula Bombara





# NO SERÁ UNA SOLA LA MEDICINA QUE DESHAGA EL MALEFICIO, EL PRESENTE, SIN PROMESA.

- ALICIA GENOVESE

---

## 1

---

Iluminada por la luna, la ruta surcaba las quebradas de Jujuy como si fuera un río. Y en ese río de asfalto, la bicicleta de Gera, como un pez solitario, avanzaba a toda velocidad. Con la mirada en el horizonte, repetía para sí las palabras del videomensaje de Inti: la enfermedad se había “activado”. La preocupación era tan abrumadora como el silencio del paisaje.

Con señas muy claras Inti había dicho que se sentía bien, sin embargo, lo acordado con el equipo de investigación era que el protocolo debía ponerse en marcha en cuanto diera la señal. Por eso, Gera montó en su bicicleta apenas se dispó la luz del videomensaje, con la seguridad de que el resto del grupo también estaba en acción.

*El grupo* eran Azzu, Jota, Inti y Gera. Inseparables desde la infancia, aunque ahora vivieran a cientos de kilómetros. Se habían conocido en un encuentro de niñas y niños sobrevivientes de femicidios. Los asesinatos de sus madres y cuán doloroso y complicado es crecer con esa huella en el cuerpo eran el lazo principal al inicio de la amistad. Luego, como leños agregados al fuego, fueron apareciendo otros puntos en común que mantuvieron al grupo unido durante toda la adolescencia. Compartían lo importante y también lo urgente. Se sostenían, se alentaban, se festejaban.

La idea del tatuaje en común había sido de Inti. “Una marca indeleble. Algo que podamos mostrar, que en un futuro nos represente como familia”. Había propuesto combinar sus iniciales formando una palabra privada, secreta: “JIGA,

una combinación de amor, amistad, familia... ¿Qué opinan?”. Se habían reído, habían bromeado por su desborde sentimental, pero no dudaron en tatuarse el mismo diseño, construido en grupo, ese fin de semana, cada quien en su lugar. Desde entonces así se llamaban, tal como estaba escrito en sus cuerpos. Lo usaban como apodo individual y colectivo. No eran hermanos, hermanas, amigas, amigos. Eran más, eran todo eso junto, amplificado.

“Gracias *jigas* por estar ahí. Y por ser parte de este experimento conmigo”, había dicho ella hacía menos de una hora, como despedida. Y ni siquiera les había dado la opción de poder mirar nuevamente las señas: era de esos videomensajes que se esfumaban en el aire.

Cuando a Inti le apareció la primera mancha en el brazo y la mostró en el grupo, Jota sugirió mandar una foto al Instituto de Medicina Experimental de Puerto Piray. Era un centro de investigaciones médicas muy nuevo, se sabía poco de lo que estaban haciendo ahí, pero se había filtrado la información de que era uno de los institutos diseñados para tratar enfermedades de ese modo revolucionario que llamaban “fortigelificación de a pares”.

Una investigadora del Instituto, la doctora Amelia Pastore, les había respondido enseguida. Las preguntas fueron muchas y los análisis físicos y psicológicos a los que el grupo fue sometido cuando aceptó ser parte del protocolo experimental, también. Lo que más preocupaba al equipo de investigación era que esas manchas redondeadas, entre azuladas y

verdes, que lentamente avanzaban por el brazo de Inti, también habían sido detectadas en más de cien personas de la zona y no lograban descubrir qué las causaba, pero sí sabían que cuando superaban, aproximadamente, los cinco centímetros de diámetro, se alteraba la cascada de factores de coagulación y esto conducía a múltiples fallas orgánicas que dejaban a la víctima con la vida pendiendo de un hilo en pocos días.

–Lo más preocupante es que no logramos detener el proceso ni con medicamentos ni con transfusiones de sangre –les había explicado la doctora Pastore.– Por eso es que queremos probar si logramos un tratamiento efectivo con la nueva tecnología “de a pares”.

–¿Y saben cómo se contagió Inti? –había preguntado Jota en aquel encuentro.

**–ES PROBABLE QUE SEA ALGO QUE SE DISEMINA POR EL AGUA. QUIZÁ, ALGO QUE SE ORIGINA EN LOS BASURALES O EN LOS CAMPOS QUE AÚN USAN PESTICIDAS PROHIBIDOS.**

“Vivo cerca de un basural”, agregó Inti y tradujo Gera. “Riego mi huerta con agua de un arroyo que lo rodea”.

Azzu puso en marcha la camioneta al mismo tiempo que Gera montó la bici. El primer punto de encuentro era la casa de Inti, en San Salvador de Jujuy. Llegarían casi al mismo tiempo: Gera desde el oeste, Azzu desde el sur. El destino era la ciudad de Resistencia, donde Jota se sumaría para conducir hasta Puerto Piray. Confiaban en que no habría contratiempos: tenían todos los permisos de circulación y suficiente margen en la huella de carbono del grupo para poder hacer el viaje.

Mientras conducía, Azzu también pensaba en Inti. Ella era quien, con esas manos que llenaban de signos el aire, aportaba ideas luminosas, quien organizaba las mejores actividades para que las políticas antifemicidios siguieran posicionando el norte de Argentina entre los sitios más seguros de América. ¡Era tan pequeñita cuando se conocieron! Saber de esa lesión terrible y definitiva que le impedía hablar le había provocado una gran tristeza. Aprendieron rapidísimo la lengua de señas para no perderse palabra de lo que Inti decía. Su mente era irremplazable, igual que su determinación.

Justo antes de que se metieran en la máquina diagnosticadora del Instituto habían decidido asociarse con el movimiento de cuidadores y cuidadoras del acuífero guaraní para hacer algunas acciones conjuntas y evitar que lo que fuera que estuviera contaminando las aguas llegara a ese reservorio. ¿Qué iba a ser de Azzu si Inti le faltaba? Los ojos se le llenaron de lágrimas. La ansiedad y la incertidumbre eran difíciles de soportar.

El análisis combinado de los datos genómicos, los accidentes sufridos a lo largo de la vida, la situación emocional y los factores geoambientales de todos los sitios donde habían vivido, sumado a las proyecciones realizadas por los sofisticados algoritmos del Instituto, había determinado que Gera acompañaría a Inti en el tratamiento. Azzu se había quejado en privado, sin contarlo al grupo: ¿cómo podía ser, si Inti y Gera compartían el antecedente de mala nutrición durante la infancia? La doctora Pastore se había mantenido inflexible.

–Es un algoritmo de alta precisión. Tu rol es que el par llegue en óptimas condiciones. Y no debés tomarlo a la ligera: necesitamos que estén al 100% –había dicho la doctora al despedirse.

Azzu se secó las lágrimas con el dorso de la mano, miró la hora y decidió pasar la camioneta a modo “vuelo”. El vehículo respondió con un zumbido que señaló el cambio de posición de las ruedas mientras una voz avisaba que llegarían en un par de horas.

Cuando Azzu bajó de la camioneta, Inti ya estaba yendo a su encuentro. Luego de darse un abrazo, sonrieron.

–¿Cómo te sentís?

Inti dijo que un poco débil, pero bien.

– ¿Comiste algo?

“Me reservé para la sorpresa que prometiste”, respondió Inti.

Gera apareció por el camino y tocó bocina.

**–¡EYYYY, JIGAS, QUÉ EMOCIÓN VERLES!  
–DIJO, DEJANDO LA BICICLETA PARA ACERCARSE CON PASOS LARGOS Y RÁPIDOS.**

–¡Gera, qué altura! ¡Te tomaste en serio eso de crecer hasta los veinticuatro años! –exclamó Azzu con sorpresa.

“Se cree que es un álamo”, bromearon las manos de Inti, después de que se saludaron.

–Álamo o jirafa, lo importante es que ya estamos acá. ¿Hablaron con Jota?

“Sí. Nos espera. Le dije que llegaríamos a la noche”, respondió Inti.

–En un buen auto sería así, pero en esta obra de arte que me compré, capaz que llegamos antes –se jactó Azzu mientras invitaba a sus *jigas* a seguir el viaje.

Cuando pusieron la camioneta en movimiento, el sol asomaba entre las casas de San Salvador de Jujuy. Con los asientos rotados para poder verse, Inti y Gera ocuparon sus lugares.

Mientras conducía, Azzu anunció:

–Bueno, les voy a presentar el menú. Gera: abrí esa gaveta, por favor.

–Decime que trajiste comida de verdad y no solo *shots* nutricionales... –suplicó Gera, mitad en serio, mitad en broma, mientras hacía lo que Azzu indicaba.

–¡Los *shots* nutricionales son lo más avanzado en tecnología alimentaria, *jiga*! ¡No empieces a quejarte!

–Está bien, está bien. No te enojés. Solo que antes de los *shots* me gustaría comer alguna de tus especialidades.

Inti se rio. Ella también quería saborear alguna receta de Azzu.

–Debajo de tu asiento, Inti, hay un pequeño congelador con postres. ¡Pero para después de los *shots*! –dijo Azzu con una sonrisa.

Gera abrió la caja metálica que estaba en la gaveta. A la izquierda vio las cápsulas para armar el *shot*. De colores variados y códigos numéricos, parecían un catálogo de pinturas. Gera suspiró: odiaba la “alimentación tecnológica”.

–En el bolsillito tenés el evaluador –le dijo Azzu, con la vista fija en el camino–.

Gera miró el evaluador con desagrado y se lo pasó a Inti.

–Por alguna razón que desconozco funciona mejor en el anular izquierdo –agregó Azzu.

Inti ajustó el dispositivo en el dedo indicado y sintió el pinchazo. Por unos minutos reinó el silencio y luego escucharon la voz melodiosa del evaluador, al mismo tiempo que en el panel de la camioneta aparecían escritos los códigos nombrados.

“Evaluación realizada. Se sugiere un *shot* de dos cápsulas negras, tres cápsulas azul marino, dos cápsulas azul eléctrico, una cápsula azul cielo, una cápsula violeta, tres cápsulas rojas, dos cápsulas amarillas, tres cápsulas doradas. Dentro de siete horas se sugiere un segundo *shot* igual al primero. Se sugiere una doble colación proteica entre las dos ingestas. ¡Buen provecho!”

–¿¡Tantas cosas!? ¿Inti, te sentís bien? –preguntó Gera, con preocupación.

“Más o menos. Necesito descansar”, respondió ella antes de devolverle el aparato.

–Te sugiero empezar –dijo Azzu, imitando la locución del evaluador. La máquina está dentro de la gaveta.

–¿Cuánto cuesta cada cápsula? –preguntó Gera.

–No te preocupes por eso. Tenemos de sobra.

–Igual quiero saberlo: ¿cuánto te costaron?

–*Jiga*, no importa.



Gera metió las cápsulas en la máquina en el orden indicado. Luego colocó el pequeño vaso de papel, apretó el botón y un líquido viscoso y aromático comenzó a salir. Le pasó el vaso a Inti con cuidado de que nada se volcara.

Mientras colocaba el evaluador en su dedo hizo cálculos. ¿Cuántas cápsulas podría comprar por mes con la pensión que el Estado le daba por ser víctima indirecta de un femicidio? Esa podía ser la solución para alimentar a todo su barrio.

La voz del evaluador interrumpió sus pensamientos. Gera preparó su *shot* y se lo



tragó de una vez. Estaba tibio; no era tan horrible como recordaba.

–Hay una caja de barras proteicas al lado del congelador, Inti –dijo Azzu.

–*Jiga*, no te molestes pero quisiera saber cómo es que tenés todo esto... –insistió Gera-. ¿De dónde sacás el dinero?

Azzu miró a Gera por un instante y volvió a depositar los ojos en el camino. Suspiró.

–Compro y vendo criptomonedas. Aprendí de mi padre, antes de que... bueno, ya saben. Cuando mi abuela y mi abuelo fallecieron y recibí la herencia, decidí invertirla. Cómo acierto a cuándo y dónde invertir, no sé, será intuición, o buena suerte... Gano mucho más de lo que pierdo.

–Nunca nos dijiste nada... –comentó Gera– Imagino que no todo se puede hablar por la red.

–Imaginás bien –respondió Azzu en un tono que dio fin a la conversación.

Inti masticó las barras en silencio. Cuando terminó, abrió el congelador: dos volcanes de chocolate brillaron ante sus ojos. Se los mostró a su jiga.

–¡Ahhh, ahora sí! –exclamó Gera.



Azzu sonrió. Estudiar pastelería había sido una gran decisión.

Cuando del chocolate solo quedaba el aroma, Inti y Gera se colocaron los auriculares para dormir. Activaron la inducción al sueño y programaron el despertar con tiempo para que Inti tomara el segundo shot. A los pocos minutos, respiraban acompasadamente.

La parte más importante de la misión de Azzu estaba cumplida. Puso el piloto automático y, nuevamente en modo “vuelo”, dejó que la camioneta les llevara a Resistencia.

---

### 3

---

Jota sentía tanta ansiedad que decidió ducharse una vez más. Luego evaluó su estado nutricional y sus niveles de energía. El reporte era impecable.

–Manejé muchas veces a Puerto Piray en el último mes... ¿Por qué siento tantos nervios? –dijo en voz alta–. “Tal vez sea por la responsabilidad de llegar a tiempo...”

En eso pensaba cuando recibió el mensaje: habían llegado. Bajó con prisa por el ascensor.

–¡Eeeey, *jigas*, qué alegría! –La corta estatura de Jota hizo que su rostro apoyara debajo

del pecho de Gera cuando se abrazaron–. ¿Durmieron bien? ¿Cómo te sentís, Inti?

“Mejor, aunque podría seguir durmiendo”, respondió ella.

–¿Podemos pasar al baño? –preguntó Azzu con apuro.

–¡Claro! Vengan.

Media hora más tarde estaban nuevamente en camino. Jota conducía y sus tres *jigas* dormían profundamente. El panel pronosticaba un viaje sin inconvenientes. Estarían arribando a destino antes del amanecer.

---

### 4

---

Aún no había luz de día cuando Inti abrió los ojos alarmada. Sintió que la mordían por dentro, que algo en el interior de su cuerpo se comprimía. ¿Un calambre intestinal? Se incorporó en el asiento. Por el espejo retrovisor, Jota pudo ver el dolor de su expresión.

–¡Inti!, ¿estás bien? ¿qué pasa? ¡Azzu! ¡Gera! –exclamó con inquietud.

Azzu y Gera despertaron. Inti temblaba. Dijo que no se sentía nada bien. Gera tomó su brazo. Las manchas habían crecido significativamente durante el sueño.

–Era uno de los riesgos de tomar los *shots* –respondió Azzu con nerviosismo–. Voy a llamar al Instituto.

La doctora Pastore recomendó que Inti tomara un analgésico y que se mantuviera caliente.

Azzu sacó dos mantas eléctricas y tapó a su *jiga* con ellas. Gera le dio el analgésico. Jota aceleró.

No había pasado ni media hora cuando Gera dijo:

–Está muy pálida... ¡Inti! ¡Inti!

–¿Qué pasa? Díganme, que a esta velocidad no puedo mirar para otro lado–pidió Jota con desesperación–.

–¡No responde! –se asustó Gera–. ¡¿Le late el corazón?!



–¡Calma! La doctora dijo que esto podía pasar.  
–Azzu colocó un sensor sobre el pecho de Inti. El corazón latía muy despacio–. Hay que mantenerla caliente.

Jota puso al máximo la calefacción y empezó a cantar, tal como había ordenado la doctora Pastore que hicieran cuando el corazón se debilitara.

Inti, paralizada y frágil, sentía todo el esfuerzo de sus *jigas* y desbordaba de agradecimiento. Entre las brumas de la enfermedad, se hizo fuerte en el deseo de seguir oyendo el canto de Jota. El rostro de su madre cobró nitidez, igual que las caricias de Azzu, igual que la alegría de Gera y la suya propia, cuando supieron que eran “pares”, que también esto lo pasarían de a dos.

Cuando Jota frenó en la puerta del Instituto, los enfermeros se acercaron con una camilla, sacaron a Inti de la camioneta y la llevaron al interior sin demoras. Gera corrió detrás.

Jota y Azzu mantuvieron las manos entrelazadas hasta mucho después de que sus *jigas* desaparecieron de la vista. Las horas de ese primer día se hicieron interminables. Las pasaron mirando cómo las aguas del arroyo Piray Guazú se unen a las del Río Paraná. Se dejaron inundar por ese sonido, por ese movimiento. Hablaron poco, pero compartieron mucho. Cuando el atardecer llenó el cielo de tonos rosas y anaranjados, buscaron un hotel.

A la mañana siguiente volvieron al Instituto. La doctora Pastore les dijo que todo iba bien: el

par ya estaba unido. Sabían que el proceso de gelifortificación tomaba tiempos que no podían acelerarse. Eran las defensas de los dos cuerpos conectados. “La unión es la respuesta”: esa era la frase elegida por la comunidad científica para describir el tratamiento.

¿Cuánto les llevaría combatir la enfermedad? No se sabía, dependía del par.

–¿Por qué no se van por unos días? Esto tomará al menos dos semanas –dijo la doctora.

–¿Adónde?

–Si quisieran ayudarnos, necesitamos que alguien lleve materiales al Parque Nacional de Iguazú. No es lejos, pero nadie del equipo quiere alejarse del par mientras estén combatiendo la enfermedad.

Azzu miró a Jota.

–Inti ayudaría, no tengo dudas –le dijo.

Jota asintió. Decidieron salir enseguida.

Las investigadoras instaladas en el Parque Nacional recibieron a Jota y a Azzu con entusiasmo. Realmente necesitaban los medidores de pH y los equipos de extracción que les llevaron. Luego de almorzar, les regalaron una visita guiada. El paisaje exuberante de verdes, flores y frutos, los pájaros, el estruendo del agua de las Cataratas, no tenían igual. Pero era difícil dejarse conmovir por tanta belleza al mismo tiempo que sus *jigas* luchaban por la vida de Inti.

El guardaparques les contó que estaban organizando varias actividades para preservar tanto las cataratas del Iguazú como el acuífero guaraní y les invitó a unirse al trabajo. Lo hicieron con gusto.

Ya habían pasado tres semanas cuando la espera terminó.

– ¿Ehh, *jigas*, dónde andan? –dijo Gera a través de una videollamada, con una gran sonrisa en su rostro adelgazado y con ojeras.

Azzu se tapó la boca de la emoción. Jota logró contestarle entre lágrimas de alegría:

–¡Gera! ¡Estás bien! ¿Dónde está Inti?

–Conmigo, *jigas*. Aún muy débil, pero conmigo –respondió, mientras les mostraba el rostro dormido de Inti en la cama de al lado.

El tratamiento, al parecer, había dado resultado. Las manchas aún no remitían, pero el color se había vuelto amarillento. La doctora Pastore apareció en cámara y les dio un reporte más completo. Aún no podían exponer al par a la crudeza del aire impurificado, pero tenía grandes esperanzas de que, más pronto que tarde, llegaría el día.

–Ojalá podamos cantar el feliz cumpleaños de Inti –deseó Jota, secándose las lágrimas–. Es en diez días.

–¡Ojalá! –le respondió Azzu con un abrazo–. Y vamos a cantar tan fuerte, *jiga*, tan fuerte, que ni el sonido de las cataratas va a tapar nuestra voz.

